

LUIS GARCÍA JAMBRINA [Escritor]

Conviviendo con el enemigo

Buenos días. Les voy a contar, medio en broma medio en serio, de qué manera he vivido y, sobre todo, padecido la aparición de ese nuevo artilugio conocido como *ebook* o libro electrónico, y cómo poco a poco me he ido reconciliando con él.

Negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Estas son, según la doctora Elisabeth Kübler-Ross, las cinco fases por las que suelen pasar las personas a las que les acontece una desgracia, como puede ser la desaparición o la muerte de un ser querido, el diagnóstico de una enfermedad terminal que amenaza con llevarnos pronto a la tumba o cualquier otro hecho negativo o catástrofe personal que pueda poner en peligro nuestra integridad, nuestra identidad o nuestra estabilidad.

Como es sabido, la reciente aparición de este nuevo soporte o dispositivo de lectura llamado *ebook* o libro electrónico se está viviendo, en algunos sectores del mundo del libro, como un mal que amenaza con acabar no sólo con la industria editorial, sino también con la literatura tal y como hasta ahora la entendíamos.

En lo que a mí respecta recuerdo que, cuando comenzó a hablarse en los medios del libro electrónico, mi primera reacción fue precisamente la de la negación. La negación es, según algunos psicólogos, una forma de protegerse frente a un evento catastrófico que no esperábamos y al que no sabemos como enfrentarnos. La sensación que a mí como escritor me producía la llegada del *ebook* era tan desasosegante que opté por negar su existencia y actuar como si su implantación no fuera a producirse nunca. "Menuda chorrada eso del libro electrónico –recuerdo que decía yo por entonces-. A ese invento no le auguro yo ningún futuro. ¿Pero quién va a querer leer en una pantalla, cuando puede hacerlo en papel? Es una idea absurda y ridícula".

Luego, tras esa fase negadora, vino la hora de la ira, que es esa etapa en la que uno sabe que por mucho que esconda la cabeza o cierre los ojos o mire para otro lado la supuesta amenaza seguirá ahí. Es entonces cuando uno se enfada, se altera, monta en cólera y clama contra el mundo y contra los supuestos culpables de su desgracia. "¿Pero por qué precisamente ahora que, por fin, me he decidido a hacerme novelista viene el maldito libro electrónico a estropearlo todo? –protestaba yo, muy enfadado-. Malditas sean las nuevas tecnologías y malditos, aquellos que las defienden y las propagan. Con lo bonito y lo práctico que es el libro en papel. Ya verás cómo ahora a los escritores nos va a pasar lo mismo que está pasando ya con la música y el cine. ¿Quién va a pagar por un libro si se lo puede descargar gratis en internet? ¿Y qué va a pasar ahora con los derechos de autor y la propiedad intelectual? Con lo que nos costó en su día conseguirlos. Va a ser la ruina del mundo editorial y, sobre todo, el fin de mis sueños y de mis proyectos para la vejez, ahora que las futuras pensiones están en peligro".

Pero enseguida te das cuenta de que la ira, una vez que te has desahogado, no sirve más que para quemarte la sangre, por lo que pronto cede el paso a la negociación. Así que empiezas a hablar con unos y con otros para ver si aún es posible algún tipo de acuerdo o arreglo e, incluso, para intentar la vuelta atrás. Recuerdo que, en esa fase,

yo me mostraba dispuesto a pactar, a negociar, ya fuera con Dios o con el mismísimo Diablo, con el Gobierno y con todos los agentes implicados, con el fin de evitar que el libro electrónico terminara de implantarse o, en última instancia, tardara el mayor tiempo posible. Incluso, estaba dispuesto a pactar conmigo mismo y a reconocer una parte de culpa en el asunto y, por lo tanto, a cumplir algún tipo de penitencia, siempre y cuando el libro electrónico no tuviera futuro y acabara convirtiéndose en una cosa del pasado, como había ocurrido con tantas innovaciones e inventos.

Naturalmente, después de este último intento desesperado de negociar sobre lo que ya era un proceso irreversible, vino la fase de la depresión. Recuerdo que, durante un tiempo, me sentí invadido por una tristeza y un vacío tan grande que la literatura dejó de tener sentido para mí. "¿Para qué escribir –me preguntaba yo- si no voy a tener control sobre mi obra? ¿Para qué seguir adelante con toda esta farsa? Que escriban otros –me decía-. A mí ya se me han quita-do las ganas de quemarme las cejas delante del ordenador. Total, para qué". Era la reacción lógica ante el reconocimiento definitivo de la pérdida que para mí podía suponer la difusión de este nuevo soporte llamado *ebook*.

Pero, por suerte, el instinto de supervivencia es más fuerte que el impulso de auto-destrucción, y, tarde o temprano, uno se las arregla para salir a flote y volver a la vida. Por fin, ya estaba preparado para llegar a la última fase de este proceso de duelo y de enfrentamiento con lo inevitable. Había llegado ya la hora de la aceptación.

Fue, claro está, en esta etapa cuando comencé a ver el libro electrónico como una realidad destinada a formar parte de mi vida. Me gustara o no, el *ebook* existía y había venido al mundo para quedarse, y cuanto antes me acostumbrara a su presencia mejor para mí. No se trataba sólo de la vieja estrategia de si no puedes vencer a tu enemigo únete a él. Se trataba más bien de conocerlo, de convivir, de experimentar, de jugar con él, para ir descubriendo, poco a poco, sus numerosas ventajas y asumir e intentar corregir, lo antes posible, sus deficiencias y desventajas. Se trata, en fin, de adaptarse a la aparición de un nuevo medio y al surgimiento de unas nuevas circunstancias.

Por lo general, tendemos a ver los grandes cambios como una agresión o una amenaza contra nuestra seguridad o estabilidad. Pero hay que reconocer que sin cambios la vida, como tal, no existiría, y, si existiera, sería algo asfixiante. Por eso, es conveniente aprender a vivir y a convivir con ellos y saber adaptarse a las innovaciones tecnológicas y a beneficiarnos de sus ventajas aunque para ello antes tengamos que pasar por esas cinco fases de rigor que he mencionado: negación, ira, negociación, depresión y aceptación.

En mi caso, he tenido la suerte de que un día me llamara Javier Valbuena, en nombre de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, para hacerme una propuesta que no pude rechazar. Se trataba de implicarme de forma activa en un experimento encaminado a incentivar la lectura en este nuevo soporte y a propiciar nuevos hábitos entre los lectores.

El hecho de que para ello se haya escogido mi novela es para mí un motivo de orgullo y de satisfacción y de ahí que me sienta enormemente agradecido y emocionado.

Ya desde el título, *El manuscrito de piedra*, es un homenaje a la escritura y la literatura que, no por casualidad, se sitúa en un momento en que acababa de surgir un nuevo soporte para la lectura y la difusión de los textos escritos, me refiero al libro impreso en papel, con el que surgieron nuevos hábitos de lectura y se multiplicó enormemente la difusión de la ciencia y de la cultura. De hecho, la aparición de la imprenta supuso una gran revolución en el mundo occidental. De ahí surgió aquello que luego se llamó la Galaxia Gutenberg, en la que hasta ahora hemos vivido.

Pues bien, en este momento, está apareciendo un nuevo soporte de difusión y de lectura que podría revolucionar el mundo científico y cultural de la misma manera que lo

hizo el libro de papel. Y con él va surgir una nueva Galaxia, la Galaxia Electrónica o Digital, en la que de alguna manera ya vivimos. Al igual que ya ocurriera con el libro impreso, con este nuevo soporte la cultura escrita se hará más accesible y más manejable y, por lo tanto, más democrática. Por primera vez, se hará verdad aquel tópico de que el saber no ocupa lugar, y se hará realidad aquel sueño de una cultura al alcance de todos, lo cual, por cierto, no significa que esta tenga que ser gratis, pues democratizar no es lo mismo que socializar y la digitalización no debe suponer una merma de los derechos del creador.

Si echamos un rápido vistazo a la historia de nuestra cultura, veremos cómo los soportes cambian, pero la literatura permanece y los lectores se multiplican.

Por mi parte, debo decir que, desde que me he visto implicado en un proyecto como este que hoy arranca en Peñaranda, he dejado de ver el ebook como una amenaza y he comenzado a verlo como un avance lleno de posibilidades. Así que quiero agradecer públicamente a la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, a sus directivos y a todo su equipo, el que hayan elegido mi novela para este experimento, en el que me he comprometido a participar de una manera activa, acompañando a los lectores en su aventura y colaborando con los responsables de la investigación en las diferentes actividades.

Si yo he escrito mi novela en un ordenador portátil, lo más natural es que los lectores puedan leerla ya en un libro electrónico. Muchas gracias.